

**Libros, héroes y estatuas:  
genealogía, historiografía e identidades  
en torno a lo bárbaro**

MARCIAL TENREIRO BERMÚDEZ  
Universidad de A Coruña



«Una Galia unida formando una sola nación animada por el mismo espíritu puede desafiar al universo».

He elegido esta frase para iniciar el texto no por mera estética o porque —o al menos no sólo— proceda de un autor antiguo que la puso en la boca de un bárbaro, un galo, un celta, tan emblemático como Vercingétorix, sino por el hecho de que esa misma frase fuese grabada, lejos de la casualidad, varios siglos después para ilustrar la estatua en honor al mismo personaje levantada justo a los pies del *oppidum* de Alesia, que había contemplado los dramáticos hechos que Cesar describió. Esa virtualidad, que da segunda vida a un texto y enlaza entorno a sí el pasado, el presente y los restos, tanto físicos como literarios, que de él conservamos es quizás lo que da a esta humilde cita una trascendencia mayor, expresiva en alguna manera de cómo la apropiación, uso y reinterpretación del pasado ha servido para construir el presente. Es posiblemente también que sea en estas apropiaciones históricas donde mejor podemos ver la difícil relación entre la *distancia* o el *compromiso*<sup>1</sup> que ponemos con respecto al pasado cuando entendemos que en cierta forma nos concierne, y, quizás, también por ello la etnicidad o la identidad sean dos de las cuestiones en las que más evidentes se hacen las frágiles líneas que unen esos dos polos en la mente del historiador y en su discurso. Un discurso que como veremos en estas líneas —en torno a lo bárbaro— ha servido de la mano del papel público del historiador a múltiples fines, intencionalidades, coyunturas, contextos, o motivaciones diversas, con una producti-

<sup>1</sup> ELIAS, N., *Compromiso y distanciamiento. Ensayos sobre el conocimiento científico*, Madrid, Península, 1990.

vidad que casi podríamos denominar como infinita. Estas paginas tratan, en resumen, de las diversas formas y formulaciones que ha adquirido el mito de lo bárbaro –celta o germano– ya más allá de sus orígenes clásicos.

## 1. CUESTIÓN DE REFERENTES. GENEALOGÍAS CLÁSICAS DE LO BÁRBARO

La búsqueda de una justificación en nuestro pasado que objetive las prerrogativas o dignifique el presente no es quizás algo privativo del siglo XIX o de nuestra cómoda actual modernidad, antes bien esta «fiebre del pasado» nos ha acompañado y acompañado a las más diversas épocas<sup>3</sup>. La búsqueda de «*referentes de prestigio*»<sup>3</sup> no es algo menos acuciante en nuestras sociedades actuales que en el Lacio antiguo, donde el pueblo latino quería hacerse hijo de héroes de la guerra troyana, no menos en el historiador romano Ennio<sup>4</sup> que cuando Dionisio de Halicarnaso afirmaba programáticamente en el prólogo de su *Antigüedades Romanas* que su objetivo era mostrar que el origen de Roma no estaba más que en «ilustres» héroes griegos<sup>5</sup>. Durante la Edad Media igualmente el mundo clásico ya ausente, y quizás por ello, se convierte en la referencia preferida para la especulación histórica sólo acompañado tangencialmente ahora de la necesidad historiográfica de enlazar con las novedosas genealogías bíblicas (dentro de una historia universal inventada por Orosio) cuyo más interesante e influyente desarrollo vendrá, ya en pleno Renacimiento, de la mano del eclesiástico italiano Annio de Viterbo<sup>6</sup>, el cual tendrá cierto suceso entre la historiografía localista y panegirista de la Edad Moderna española y europea<sup>7</sup>. La Europa medieval se sabía heredera de la Antigüedad, de ese mundo clásico prolongado, exportado, a los bárbaros, y, por tanto, sus referentes tanto culturales, como historiográficos o políticos (el Imperio) pasaban por la imagen fragmentada, pero confusamente viva, de lo clásico. Los orígenes, los mitos e imágenes de fundación de las identidades dinásticas o colec-

<sup>2</sup> ANDERSON, B., *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1983. Sobre la construcción de los mitos de la identidad a lo largo de la historia europea ver JUARISTI, J., *El bosque originario. Genealogías míticas de los pueblos de Europa*, Madrid, Taurus, 2000.

<sup>3</sup> RUIZ ZAPATERO, G., «Arqueología e Identidad: la construcción de *referentes de prestigio* en la sociedad contemporánea», en *ArqueoWeb*, 4 (1), mayo 2002. [http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4\\_1/conjunto4\\_1.htm](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero4_1/conjunto4_1.htm)

<sup>4</sup> *Annales*, 9-30.

<sup>5</sup> DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades Romanas*, libro I, cap 4, vers. 2-3; 5.

<sup>6</sup> JUARISTI, *op. cit.*, pp. 127 y ss.

<sup>7</sup> WULFF ALONSO, F., *Esencias Patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 25.

tivas se forman o adaptan a ese pasado clásico reinventado o al canon de la historia mosaica. En ese ambiente incluso los últimos «bárbaros», que conservaban fresca una genealogía mítica propia y autónoma venida del paganismo nórdico<sup>8</sup> o céltico<sup>9</sup>, terminaron encajándola, a su vez, en la moda clásica: los reyes sajones empezaron así a hacerse descender tanto del dios Wotan como de César<sup>10</sup>, o se hizo a las antiguas divinidades exiliados troyanos. La evemerización (es decir, la interpretación del mito como mera realidad histórica) fue también la solución del danés Saxo Gramático en su *Historia*<sup>11</sup> recurso en el que coincidía en parte también el prólogo de la *Edda* del islandés Snorri Sturluson<sup>12</sup>. Varios siglos antes se les había adelantado ya el anónimo redactor del *Lebhar Gabala Erenn* irlandés, al describirnos el periplo de los gaélicos por Tierra Santa, Egipto, Escitia o Hispania (*Espain*) enlazando al pueblo irlandés con los conocimientos de la geografía clásica así como con la genealogía de Noé y otros sucesos bíblicos<sup>13</sup>. En ambos subsistían, como en las genealogías dinásticas, intereses muy claros, salvar la tradición pagana, en el caso de Snorri literaria, en el del *Lhebar* la propia respetabilidad de los orígenes irlandeses, eliminando la sombra del paganismo a través de la evemerización clásica y bíblica de la antigua mitología<sup>14</sup>. Un proceso de refundación de la identidad en nuevos términos que llevaría a modificar y enlazar las propias instituciones irlandesas con las reflejadas en el texto veterotestamentario<sup>15</sup>. Los ejemplos podrían alargarse sin final, ciudades, países, dibujarán a lo largo de toda la Edad Media y Moderna genealogías fantásticas para enlazar con los héroes del pasado clásico<sup>16</sup>, aun siquiera ni el pasado bárbaro puede escapar ya que en la maraña genealógica era fácil encontrar –inventar en realidad– un Bruto hijo de Eneas que justificase a los *Britani*<sup>17</sup>, o un Franción, también troyano, origen de los franceses como harán Ronsant u otros autores posteriores<sup>18</sup>. Los bárbaros, por tanto, paradójica y frecuentemente hicieron una historia en la que el bárbaro se disfrazaba con los ropajes de la Antigüedad ajena.

<sup>8</sup> BROWN, P., *El primer milenio de la Cristiandad Occidental*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 163 y ss.

<sup>9</sup> MCCONE, K., *Pagan Past and Christian Present in Early Irish Literature*, Maynooth (Irlanda), An Sagart, 1990.

<sup>10</sup> DUMVILLE, D., «The Anglian Collection of Royal Genealogies and Regnal Lists», en *Anglo-Saxon England*, 5 (1976), pp. 23-50.

<sup>11</sup> *Historia Danesa*, lib. I.

<sup>12</sup> *Edda Menor*, lib. I, cap. 3.

<sup>13</sup> *Lebhar Gabala*, cap. XI, vers. 124-142.

<sup>14</sup> MCCONE, *op. cit.*, pp. 54-55.

<sup>15</sup> Sobre la modificación de las leyes irlandesas en base a los moldes del Antiguo Testamento ver *idem*, pp. 102-104.

<sup>16</sup> MORALEJO ÁLVAREZ, J. C., «De griegos en Galicia», en ALGANZA ROLDÁN, M. (ed.), *Epieikeia: studia graeca in memoriam Jesús Lens Tuero*, Granada, Athos-Pérgamos, 2000, pp. 327-358.

<sup>17</sup> MONMOUTH, G., *Historia Regnum Britanniae*, lib. II, vers. 6-7 y 21.

<sup>18</sup> JUARISTI, *op. cit.*, p. 101.

## 2. EL RETORNO DE LOS BÁRBAROS: APOLOGÉTICA E HISTORIOGRAFÍAS

La reactualización consciente del papel de lo preclásico, lo bárbaro, en el debate genealógico europeo se producirá, fundamentalmente, a partir del redescubrimiento, valga la paradoja, de la cultura clásica a partir del Renacimiento, lo que trajo consigo a la actualidad las referencias que autores como César, Plutarco, o Tácito daban de pueblos bárbaros, como germanos o celtas, reavivándose así su protagonismo en la materia de recreación del pasado de los distintos pueblos o reinos europeos de la época, si bien, sin alejarse mucho aún de los anteriores modos históricos y de la perenne necesidad de enlazar esos pueblos antiguos con orígenes grecorromanos o bíblicos más o menos forzados. Por otro lado, la intencionalidad de dicha historia bárbara se sigue definiendo fundamentalmente como de tipo propagandístico y, por tanto, muy condicionada por los intereses de los distintos estados europeos. En el caso de Francia, quizás el reino occidental que usó más de lo bárbaro durante el XVI y XVII, el papel de lo galo basculará entre un empleo cara al exterior y otro de consumo interno en el que el galo servirá de común aglutinante patriótico en los distintos contenciosos en los que se vea envuelto el reino. Hacia el exterior lo galo servía de referencia para indicar la independencia del reino francés frente al Imperio alemán (entendido como germano) así como del Papado, cuyos intentos de centralización religiosa se percibirán entre los partidarios del galicanismo como el reflejo de un Imperio Romano hostil a los galos<sup>19</sup>, vertiente antirromana que tomará protagonismo entre los hugonotes, que la hacían además extensiva a la centralizadora y autocrática monarquía francesa<sup>20</sup>. Asimismo en su versión interna el mito galo es adoptado en diversas reclamaciones y conflictos por distintos sectores. Así lo galo actúa, a veces, como imagen del Tercer Estado por oposición a la nobleza de orígenes francos, que justifica paradójicamente sus prerrogativas como tal por derecho de conquista. Las ambivalencias de la dicotomía germanos frente a galos en la Francia Moderna se harán sentir en las distintas polémicas políticas de la época. Así, durante las Guerras de Religión el sector hugonote utiliza el galicismo como alternativa al germanismo de la nobleza católica francesa, pero al mismo tiempo lo problemático de dicha oposición hará necesarios nexos de unión entre el germanismo nobiliario y el programa patriótico de exaltación de lo galo. Al respecto el protestante Francois Hotman seguía en su *Franco-gallica* (1573) una curiosa doctrina de consenso según la cual galos y germanos serían un mismo pueblo, tomando con ello la teoría de la invasión franca

<sup>19</sup> DUBOIS, CL.-G., «Nos ancêtres les Gaulois. Le développement d'un mythe des origines nationales au 16e siècle», en VIALLANEIX, P. - EHRARD, J. (eds.), *Nos ancêtres, les Gaulois. Actes du Colloque International de Clermont-Ferrand*, Université de Clermont-Ferrand II, 1982, p. 25.

<sup>20</sup> DUBOIS, CL.-G., *Celtes et Gaulois au XVIe Siècle. Le développement littéraire d'un Mythe Nationaliste*, Paris, J. Vrin, 1972, pp. 109-110.

como retorno, «reasantamiento»<sup>21</sup>, que había planteado ya Jean Bodin algunos años antes. Igualmente Honoré d'Urfé planteará la invasión franca como una liberación de los galos de la opresión del yugo romano, llevado a cabo por los otros galos del Rhin<sup>22</sup>. Asimismo el recurso al galicismo en cuanto implicaba al Tercer Estado será un tema utilizado por los elementos emergentes de aquel, como la clase funcionarial y la nobleza de toga asociada al ejercicio de la jurisprudencia, o, en otra vuelta de tuerca, servía a la monarquía absolutista, no obstante también franca, como arma ocasional para socavar el poder de la nobleza: Ronsard presentará de esta manera a Carlos IX como gobernante al modo de los «viejos galos»<sup>23</sup>. Lo cual no impedía que la evocación de las instituciones asamblearias galas, por César, sirviera como crítica al absolutismo real por parte de sus detractores<sup>24</sup>. No obstante la imagen de lo galo jugaba en todos estos discursos contradictorios un fuerte papel unificador como referente pasado y primigenio de lo francés<sup>25</sup>.

El uso más explícito de lo celta que hará el escocés Buchanan en su historia del Reino de Escocia, al equiparar premonitoriamente lo galo a lo celta, presentando además la filiación céltica de los escoceses por primera vez, se inscribía, con todo, en esa línea de exaltación de la identidad patria y de sus glorias así como de controversia religiosa. Buchanan, al respecto, sigue la corriente de la historiografía protestante inglesa del XVI que intenta presentar la antigua Iglesia britana como un precedente apostólico de la Reforma protestante<sup>26</sup>. En el caso de Buchanan la temática celta se asocia, más que a lo britano, al prestigio del reino gaélico escocés de Dal Riada y al monacato de Iona, al cual se suponía el mismo carácter protoprotestante, a lo cual se unía, no obstante, un discurso claramente contrario a los *highlanders*, católicos<sup>27</sup>, paradójicamente, los únicos hablantes de una lengua céltica en territorio escocés por aquel entonces. Más peculiar es, sin duda, el uso historiográfico que de los pueblos antiguos de la islas harían, siguiendo esta línea discursiva, los colonos protestantes en Irlanda durante los siglos XVI-XVII, al reinterpretar a los antiguos «pueblos» citados como predecesores de los milesios gaélicos en *Lebhar Gaballa* como britanos: los *Fir Bolg* y los *Thuata De Dannan* serían así, respectivamente, los antiguos *Belgae* y *Dumnonii* que las fuentes clásicas situaban en Britania<sup>28</sup>. Argumentos de esta especie

<sup>21</sup> Ídem, p. 112.

<sup>22</sup> DUBOIS, art. cit., p. 21.

<sup>23</sup> Ídem, p. 22.

<sup>24</sup> DUBOIS, *op. cit.*, p. 113.

<sup>25</sup> DUBOIS, art. cit., p. 20.

<sup>26</sup> KIDD, C., *British Identities before Nationalism. Ethnicity and Nationhood in the Atlantic World 1600-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pp. 99-108.

<sup>27</sup> Ídem, pp. 125-127.

<sup>28</sup> Ídem, pp. 152 y 170.

dieron al estudio de la antigüedad irlandesa un especial atractivo para los intelectuales protestantes, lo que desembocaría en la fundación de la Royal Irish Academy. Por otro lado, volviendo al caso inglés, al lado de los britones también jugarían un gran papel los germanos, anglosajones, en cuanto que se entendía como herencia sajona el sistema constitucional inglés. En algunos casos se consideraba que britanos y sajones habrían compartido un mismo sistema de libertades, e incluso idéntico origen étnico, y que todo ello habría desembocado por evolución natural en la Carta Magna, cuyos precedentes se veían así resituados en un *illo tempore* inmemorial y fundacional de los orígenes mismos de lo inglés<sup>29</sup>.

Son historiografías marcadas, en resumidas cuentas, por un profundo sentido apologetico al servicio de las distintas causas políticas o religiosas de la época, en las que las genealogías bíblicas seguían mediatizando la visión del bárbaro y señalando filiaciones entre los distintos pueblos del Occidente europeo a través de las líneas jafética, gomeriana o tubálica. Un punto de inflexión en el discurso historiográfico se dará en el XIX, o más en concreto entre el siglo XVIII y la transición a este último, es entonces cuando asistimos a un redescubrimiento de un mundo «bárbaro» con entidad propia que empieza a alejarse, en principio aun tímidamente, de los tópicos literarios anteriores. Empieza a crearse una auténtica crítica de fuentes, predecesora del positivismo posterior, en la que son eliminadas de la discusión las genealogías pseudoclásicas o se crea, cuando menos, en ocasiones una distancia con las bíblicas<sup>30</sup>, que sólo serán impugnadas por corrientes muy minoritarias como la poligenista. Sin embargo, la ruptura no es radical ya que la historiografía del XIX se ve influida por las ideas trazadas por dos historiadores del XVIII. Así, en 1703 el benedictino bretón Paul-Yves Pezron, cuando publica su *Antiquité de la Nation et de la Langue des Celtes, autrement appelez Gaulois*, se moverá en la corriente bíblica y galicista, si bien su obra contribuirá a introducir el celtismo en la discusión historiográfica posterior, planteando para el bretón el status de heredero directo de la lengua gala, aserto hoy a todas luces erróneo, pero que generó un creciente interés en Francia por las antigüedades lingüísticas, que llevaría a la edición y reedición en los años subsiguientes de nuevos y viejos diccionarios o gramáticas de bretón, o ahora incluso «céltico» como la *Grammaire françoise-celtique* del capuchino Grégoire de Rostrenen publicada en 1728<sup>31</sup>. La obra de Pezron será traducida al inglés escasos años después por David Jones, el cual incluirá después del *Gauls* del título original como coda un «*taken to be Originally the same people as our Ancient Britains*». En dicha traducción parece que tuvo un importante papel como impulsor otra figura esencial en la configuración del

<sup>29</sup> Ídem, pp. 81 y 84-87.

<sup>30</sup> WULFF ALONSO, *op. cit.*, pp. 65-66.

<sup>31</sup> JUARISTI, *op. cit.*, p. 248.



celtismo como tema historiográfico, el galés Edgard Lhuyd, que había tenido acceso a la obra del francés a través de su puesto en el Ashmolean Museum de Oxford. Un año después de la edición de la traducción de la obra de Pezron el propio Lhuyd sacará a la luz su monumental *Archaeologia Britannica*, obra sorprendentemente moderna en la que define la familia céltica de lenguas y plantea las dos ramas de ésta (Celta Q y Celta P), clasificación que seguirán manejando los lingüistas posteriores hasta prácticamente la actualidad<sup>32</sup>. La difusión de la obra de Pezron y la de Lhuyd, además de institucionalizar el término «celta» como concepto histórico y lingüístico, servirán de catalizador de una atracción creciente hacia el pasado céltico en sus respectivos países, dando lugar a un interés anticuarista por los monumentos del pasado céltico, que sentará las bases de la posterior celtomanía paneuropea del siglo XIX, y marcará de paso el giro hacia el celtismo de instituciones previas como la Royal Irish Academy.

### 3. LA CONSTRUCCIÓN DE UN DISCURSO: EL PASADO EJEMPLAR

El renovado énfasis en lo bárbaro de la historiografía que surge en el XIX estará mediatizado por el contexto de la época, en la que frente al común barniz de lo clásico se buscará el elemento diferencial de cada pueblo. En ello había asimismo un intento de alejarse del clasicismo y cosmopolitismo de la Ilustración<sup>33</sup>, que ahora, en el ambiente de la postguerra napoleónica, evocaba incómodamente a lo francés. La reserva hacia lo francés condicionará, por ejemplo, la terminología de Lhuyd que utiliza sistemáticamente el término «celta», en lugar de galo, como término más neutral y correcto políticamente hablando<sup>34</sup>. En ese movimiento a la vez político y cultural los intelectuales nacionales reflexionarán sobre el pasado y dibujan un ayer que les sirve de modelo de la comunidad imaginaria que ellos mismos pretenden construir<sup>35</sup>. Así, Camille Jullian establecerá el primitivismo del concepto de nación francesa a través de los límites de la Gallia antigua, la «*patrie Gauloise*», que responderían gros-

<sup>32</sup> JAMES, S., *The Atlantic Celts. Ancient people or Modern Invention*, London, British Museum Press, 1999, pp. 45-46.

<sup>33</sup> NEWMAN, G., *The Rise of English Nationalism. A cultural history 1740-1890*, London, MacMillan, 1997, pp. 238-239.

<sup>34</sup> JAMES, *op. cit.*, pp. 44-46.

<sup>35</sup> ANDERSON, *op. cit.*, passim; DIETLER, M., «'Our Ancestors the Gauls': Archaeology, Ethnic Nationalism, and the Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe», en *American Anthropologist*, vol. 96, 3 (septiembre 1994), p. 590; ver asimismo el interesante libro de SIMON, A., *Vercingétorix, héros républicain. L'anti Clovis*, Paris, Ramsay, 1996, pp. 117 y ss.

so modo a la extensión de la Francia actual<sup>36</sup>. El pasado, por tanto, no es un país extraño ni banal, ya que en él se miran los «contemporáneos», en ese ayer que les sirve de referente moral, y donde el valor cívico del héroe es agudizado como *dramatis personae* hasta sus últimas consecuencias. Vercingétorix es adoptado así como ejemplo de galo tipo<sup>37</sup> que resume los valores patrios franceses: «En honor a la memoria de Vercingétorix, nosotros no debemos lamentar esa derrota. Nos permite admirar el ardiente y sincero amor de este caudillo galo por la Independencia de su País»<sup>38</sup>. Más allá de la individualidades, el bárbaro genérico, celta o germano, devenido ya en ejemplar se convierte en objeto de interés preferente de la historiografía romántica, empezando a gestarse una imagen tópica de él como prototipo de una serie de valores esenciales que pretenden definir el carácter nacional: el amor a la independencia, la indomabilidad del galo, del celtíbero, del lusitano. El celta o el germano pasa a convertirse de la mano de la historiografía en parte del imaginario popular moderno, una imagen que es creada a través de una historia unificadora que se traslada a las masas en una educación nacional, y que subsistirá a nivel popular hasta prácticamente la actualidad. Ello es quizás la gran innovación del discurso histórico contemporáneo, el aumentar el radio de acción de las disertaciones cultas de construcción o justificación de la identidades más allá del círculo de los eruditos, generalizándolos y transmitiéndolos a una naciente, en esa época, opinión pública. Al respecto, en el caso francés la reivindicación de lo galo tendrá una gran difusión en el contexto de la Revolución Francesa al permitir a los intelectuales reformular el viejo discurso galicista del absolutismo haciéndolo acorde a las nuevas polémicas. Así, en el ambiente prerrevolucionario autores como Jacques Martin darán una visión del pasado galo como trasunto del sistema asambleario francés y ejemplo de limitación del poder del gobernante. Martin en su *Histoire des Gaulois* (1727) enfatizará el carácter ternario (druidas, nobles, pueblo) de las asambleas galas, destacando la igualdad en ella de los tres grupos, en evidente sintonía con las reclamaciones de los representantes del Tercer Estado en los Estados Generales<sup>39</sup>. De igual manera, los sectores nobiliarios y eclesiásticos usarán las descripciones clásicas de lo galo como justificación de sus posiciones, dando a su vez una visión de la sociedad gala como teocrática o aristocrática<sup>40</sup>. Por otro lado la oposición entre celtas y germanos será utilizada ya llegada la Revolución para dar una visión del hecho revolucionario como la liberación final del

<sup>36</sup> JULLIAN, C., «L'ancienneté de l'idée de nation», en *Revue Bleue*, 51/3 (1913), p. 68.

<sup>37</sup> DIETLER, art. cit., pp. 587-589.

<sup>38</sup> *Historia de Julio César* (1865) de Napoléon III. Cit. en DIETLER, art. cit., p. 590.

<sup>39</sup> MAS, R., «Dom Jacques Martin, Historien des Gaulois (1684-1751)», en *Nos ancêtres, les Gaulois...*, p. 49.

<sup>40</sup> VOLPILHAC, C., «Les Gaulois à l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres de 1701-1793», en *Nos ancêtres, les Gaulois...*, pp. 79-80.

pueblo galo de sus antiguos invasores, los nobles y la monarquía, en último término, de origen franco<sup>41</sup>. Lo germano se asocia así a la tiranía del feudalismo y lo galo a la libertad reconquistada, a la independencia nacional. Esta será la imagen que difundan los historiadores posrevolucionarios como Jules Michelet<sup>42</sup>.

Todo ello confería, en un lugar y en un momento muy concreto, un carácter muy singular a la figura del galo, y a su ejemplo más logrado –Vercingétorix–, dotándolo de un aura republicana muy acorde con la ideología bonapartista que Napoleón III quería transmitir. El hecho de escribir una vida de César le permitía a este último identificarse con el romano –«rey» (o casi) también en un estado republicano–, pero asimismo reclamar a Vercingétorix como icono de ese republicanismo enraizado en el pasado inmemorial patrio. No en vano la cara del propio Napoleón III sirvió de modelo, no sin cierto narcisismo propagandista, para la estatua esculpida por Millet del líder galo que fue erigida en la propia Alesia en 1865<sup>43</sup>. Ello viene igualmente a justificar el programa de monumentalización de determinados sitios arqueológicos asociados al caudillo galo<sup>44</sup> (Bibracte, Gergovia) que iniciará durante su reinado, y al que se unirá la realización de campañas arqueológicas financiadas por la propia mano del emperador<sup>45</sup>. La evidente proliferación de la imagen del galo en todas sus manifestaciones durante el periodo dará lugar a un verdadero programa icnográfico de exaltación de lo galo<sup>46</sup> como prototipo ideal expresivo del ser francés. La monumentalización del pasado a través de la estatua y de las representaciones plásticas que ensalzan ese pasado servía para trasladar en paralelo el mismo mensaje nacional que los historiadores expresaban negro sobre blanco en sus escritos.

<sup>41</sup> POMIAN, K., «Franc et Gaulois», en NORA, P. (dir.), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1986, vol. 2, pp. 2271-2272.

<sup>42</sup> CROISILLE, CH., «Michelet et les Gaulois ou la séduction de la patrie celtique», en *Nos ancêtres, les Gaulois...*, pp. 213-219.

<sup>43</sup> DIETLER, M., «A Tale of Three Sites: The Monumentalization of Celtic *Oppida* and the Politics of Collective Memory and Identity», en *World Archaeology*, vol. 30, 1 (junio 1998), p. 75.

<sup>44</sup> Un índice de lo profundo del efecto de ese programa es el hecho de que se halla reactualizado recientemente por la especial relación del presidente Mitterand con los restos del pasado «francés», en particular con estos *oppida*, que llevó a la declaración de Bibracte como *site nacional* –con monumento adjunto– y al surgimiento de un importante proyecto arqueológico internacional planteado entorno a él. ADÉLÈS, M., «Modern Political Ritual: Ethnography of an Inauguration and a Pilgrimage by President Mitterand», en *Current Anthropology*, vol. 29, 3 (junio 1988), pp. 391-404.

<sup>45</sup> DIETLER, ibídem.

<sup>46</sup> PINGEOT, A., «Les Gaulois sculptés (1850-1914)», en *Nos ancêtres, les Gaulois...*, pp. 255-282.

#### 4. CELTAS FRENTE A GERMANOS, ESTADOS, NACIONES Y CONFLICTO

De igual manera que el pasado se utilizaba para justificar la construcción de un presente, ahora nacional, de la mano del mismo anacronismo también se intentará buscar en la Antigüedad los referentes inmutables de las problemáticas actuales: así pues la oposición galo/germano que había funcionado durante el Absolutismo y la Revolución será retomada como justificación ideológica cuando estallen, en un contexto muy presente y nada primordial, las guerras franco-prusianas<sup>47</sup>. D'Arbois de Jubainville justificará la presencia de léxico institucional (legal y militar) de origen celta en las lenguas germánicas por la hegemonía política y militar de los galos sobre los habitantes de la otra orilla del Rin durante el siglo V<sup>48</sup>. La evocación de los textos clásicos, como la obra de César con sus referencias a incursiones germanas y viceversa, permitían igualmente crear una visión eterna y secular del antagonismo germano/celta. Similares argumentos inmemorialistas aflorarán igualmente en el papel que irá tomando lo celta en aquellos «celtismos» que podríamos denominar periféricos que se verán determinados por la expansión y unificación de los estados-nación liberales, definiéndose a través de los rasgos pasados plantear así alternativas al discurso histórico unificador de aquellos. Este será el caso del naciente bretonismo que irá delineándose en base a la celticidad lingüística evidente por oposición a la Francia románico-parlante, la Francia franquizada, o galo-franca<sup>49</sup>, o asimismo el de las Islas Británicas, donde la unificación política tras la *Union Act* escocesa-galesa de 1707 había asimilado el término «británico» a la nueva realidad estatal, definida nominalmente ahora como Gran Bretaña, lo cual favorecerá el que los eruditos galeses o escocés empiecen, ya durante el XVIII, a sustituir el término «britano» de manera sistemática por el de «celta»<sup>50</sup>.

Esa definición de las entidades periféricas en oposición a la creación de una identidad inglesa dio durante la época victoriana un curioso equivalente de la oposición galos/germanos francesa, creando un *pattern* en el que lo anglosajón actuaba como definidor de lo inglés (germano) por oposición a lo celta insular (galés, escocés, Irlandés) pero también continental (francés). Francia es en la época el principal rival político y comercial de Inglaterra<sup>51</sup>, lo cual ayudó a que la francofobia se convirtiera

<sup>47</sup> BUCHSENSCHUTZ, O. - SCHNAPP, A., «Alésia», en NORA, *op. cit.*, vol. 3, p. 4122.

<sup>48</sup> D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, H., «Les témoignages linguistiques de la civilisation commune aux celtes et aux germains pendant le Ve et IVe siècle avant J.C.», en *Revue Archéologique*, XVII (1891), p. 205.

<sup>49</sup> TANGUY, B., «De la gallomanie au nationalisme breton», en *Nos Ancêtres les Gaulois*, p. 189; vid. también GUIOMAR, J.-Y., *Le Bretonisme. Les historiens bretons au XIXe siècle*, Mayenne, Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne, 1987.

<sup>50</sup> JAMES, *op. cit.*, p. 48.

<sup>51</sup> COLLEY, L., *Britons. Forging the Nation, 1707-1837*, London, Pimlico, 1994, pp. 3-4; NEWMAN, loc. cit.

en un importante factor de desarrollo del nacionalismo inglés<sup>52</sup>. Al mismo tiempo el uso consciente hecho por los franceses del pasado galo hará que lo inglés empiece a plantearse cada vez más alejado del pasado céltico, y a considerarse lo celta desde una óptica negativa, que influirá poderosamente en los conflictos internos de la metrópoli con las «celticidades» periféricas, que marginadas en la creación de la identidad política nacional empezarán a su vez a autodefinirse de manera antagónica con respecto a ella, a través del paradigma de la celticidad. Empiezan a plantearse polémicas en medios intelectuales e históricos sobre la superioridad –racial y/o moral– de una u otra estirpe<sup>53</sup>, conformando una serie de estereotipos étnicos entorno a los irlandeses, galeses o escoceses, que de forma bastante llamativa clonaban en su enfoque las descripciones primitivistas que la etnografía colonial ofrecía del Tercer Mundo, y a la que los antropólogos e historiadores victorianos intentarían dar carta de naturaleza evolutiva y científica a través del discurso racial<sup>54</sup>. Este discurso llegaría a presentar tintes claramente xenófobos en autores como el antropólogo físico Robert Knox, que en 1870 publicaría sus *Origins of the Races of Men*<sup>55</sup>. La coincidencia con los argumentos de la etnografía colonial no es casual al respecto, sino abiertamente expresa entre algunos de los anglosajonistas victorianos. Así, John Beddoe en su *Races of Britain* (1880) explicará la etnia celta como remanente de una primitiva población cromañón o «africanoide»<sup>56</sup>, planteando además como demostración su denominado «índice de negrescencia»<sup>57</sup>, a través del cual se infería la frontera racial entre las zonas celtas<sup>58</sup> y germanizadas de las Islas Británicas<sup>59</sup>. La descripción del tipo celta, basada en los desarrollos de la anatomía comparativa y la craneología, que realizan

<sup>52</sup> NEWMAN, *op. cit.*, pp. 74-76.

<sup>53</sup> CURTIS, L. P., *Anglo-Saxons and Celts: A study of anti-irish prejudice in Victorian England*, Bridgeport (Connecticut), Bridgeport University, 1968, *passim*.

<sup>54</sup> Ídem, p. 119.

<sup>55</sup> Autor de frases que hoy consideraríamos apología de la limpieza étnica: «La Orden de Orange de Irlanda es una confederación sajona para la limpieza del país de todos los papistas, jacobitas, es decir, de los celtas. Si pudieran limpiarlo de aquellos, como Cromwell propuso, mediante la espada, ello no les requeriría más de seis meses para terminar esa labor». Cit. en SYKES, B., *Blood of the Isles. Exploring the genetic roots of our tribal history*, London, Bantam Press, 2006, p. 60. Sobre la discusión sobre los posibles condicionantes raciales del catolicismo de los celtas en la época ver OWEN PIKE, L., «On the alleged Influence of Race upon Religion», en *Journal of the Anthropological Society of London*, vol. 7 (1869), pp. CXXXV-CLIII.

<sup>56</sup> CURTIS, *op. cit.*, p. 72.

<sup>57</sup> SYKES, *op. cit.*, pp. 66-67.

<sup>58</sup> Caracteres raciales que se verían probados según el autor por las similitudes con los bretones franceses. BEDDOE, J., «On the Physical Characteristics of Peoples of Brittany», en *Journal of the Anthropological Society of London*, vol. 7 (1869), p. CXXI.

<sup>59</sup> Paralelamente Beddoe establecía también una comparación con las clases bajas inglesas, conformadoras del proletariado industrial, que suponía más «migratorias», por tanto más mezcladas racialmente y menos germánicas que la clases altas victorianas. SYKES, *op. cit.*, pp. 65 y 75.

dichos autores enfatizará frecuentemente el prognatismo y la coincidencia del ángulo facial de los individuos «celtas» con las poblaciones africanas o bien protohistóricas, similitudes ilustradas en ocasiones, como sucede en la obra de Knox, con grabados de tipos físicos supuestamente «celtas» e indisimuladamente nehandertaloides<sup>60</sup> o simiescos<sup>61</sup>. Huelga decir que, según las teorías evolucionistas en boga, ello reflejaría una inteligencia inferior y el carácter primitivo de todas estas etnias<sup>62</sup>.

Dentro del plano de la historia institucional asistimos también a un giro hacia un germanismo más marcado eliminándose de la ecuación las supuestas equivalencias, sugeridas en el XVII y XVIII, con el sistema político celta, definido ahora, a partir de la imagen del absolutismo francés, como tiránico<sup>63</sup>. El giro germánico de la identidad británica no es ajeno en cierta forma a la coyuntura política que, de la mano de la dinastía hannoveriana y del antagonismo con Francia, había convertido a la Alemania protestante en el aliado natural<sup>64</sup> de Gran Bretaña. Asimismo el desarrollo de los estudios sobre historia institucional de la escuela alemana de derecho proporcionaba un modelo a la vieja teoría del constitucionalismo anglo-sajón. No es casual al respecto que uno de los más destacados historiadores anglosajonistas –Mitchell Kemble– hubiera sido discípulo directo de Jacob Grimm<sup>65</sup>. Kemble en su obra *The Saxons in England* (1849) planteaba el constitucionalismo inglés como resultado de la racionalidad y predisposición inherente a la libertad de los pueblos germánicos, y, por tanto, totalmente ajeno a la experiencia de pueblos menos sofisticados, como los celtas. Sería la expresión del «Anglo-saxon genius»<sup>66</sup>. Años más tarde Edgard Freeman en sus *Comparative Politics* (1873) definirá el sistema político inglés como un «primitive teutonic stock»<sup>67</sup>, que procedería en línea directa del sistema de libertades germano, y planteaba el contraste con el resto de la otra Europa germánica por efecto de la «insularidad», un argumento que retomará posteriormente Benjamín Disraeli<sup>68</sup>. Inglaterra por medio de su aislamiento secular habría mantenido la pureza étnica y

<sup>60</sup> Ídem, p. 83.

<sup>61</sup> CURTIS, L. P., *Apes and Angels. The Irishman in victorian caricature*, Washington, Smithsonian Institution, 1997.

<sup>62</sup> Ídem, p. XX.

<sup>63</sup> CURTIS, *Anglo-Saxons and Celts*, p. 70

<sup>64</sup> COLLEY, *op. cit.*, pp. XVI-XVII.

<sup>65</sup> CURTIS, *op. cit.*, p. 77.

<sup>66</sup> *Ibidem*.

<sup>67</sup> CURTIS, *op. cit.*, p. 80.

<sup>68</sup> «Una raza sajona, protegida por una posición insular, ha estampado su diligencia y metódico carácter en el siglo. Y cuando una raza superior, con una idea superior de Trabajo y Orden, avanza, su estado será de progreso... Todo es raza, no existe otra verdad». Cit. en CURTIS, *op. cit.*, p. 30.

legal anglosajona<sup>69</sup>, frente al resto de los sistemas políticos continentales definidos ya como «degenerados»<sup>70</sup>, con la salvedad quizás de Alemania.

La novedosa asociación entre historia constitucional y las tipologías raciales darwinianas se vinculará directamente a la citada descripción de rasgos de carácter que, se entenderá, fundamentan las concepciones políticas de los distintos pueblos, y oponen antagónicamente a los celtas –pueblo sentimental, poético, dado al irracionalismo y con escaso autocontrol– a los pragmáticos anglo-sajones –más propensos a la racionalidad, la contención, la industriiosidad o incluso el comercio–, reificándose así con ello los logros de la Inglaterra del XIX en su substrato etno-racial germano<sup>71</sup>. El carácter fundamentalmente irracional y violento de los celtas derivaría en la necesidad de gobiernos autoritarios como única alternativa y en ocasionales situaciones de violencia anárquica (revoluciones, terrorismo). Dichas afirmaciones para los anglosajonistas se veían ejemplificadas por hechos tan diversos como el absolutismo de la monarquía francesa, la sangrienta Revolución Francesa, el apoyo de irlandeses o escoceses a la causa jacobita, o más contemporáneamente la violenta escalada parnelista del conflicto irlandés<sup>72</sup>. Ante el discurso germanista y anticelta los implicados reaccionarán a su vez centrifugamente enfatizando su «autoctonismo» celta como hecho diferencial frente a lo inglés, lo extranjero, el invasor y ocupante anglo-sajón, en una argumentación claramente polemista, la cual no hará más que invertir especularmente los presupuestos anteriores dotados ahora de un matiz positivo<sup>73</sup>, el cual se percibe en la imagen que se ofrece de los celtas como pueblo espiritual, sentimental, romántico o heroico, y que, ahora, impregnará las páginas de los escritores celtistas. Esto, paradójicamente, no era más que un índice, a fin de cuentas, del éxito del estereotipo.

## 5. CELTAS, GERMANOS Y ARQUEÓLOGOS

Todo este entrecruzamiento de discursos sobre el pasado y el presente no dejó de influir tanto desde un punto de vista exógeno como interno en la propia constitu-

<sup>69</sup> El argumento de la «insularidad» será usado por los «*nativistas*» norteamericanos del XIX que defenderán la pureza racial anglosajona de los primeros colonos americanos mantenida gracias el aislamiento continental norteamericano, frente a los emigrantes celtas (irlandeses y escoceses) y de otras nacionalidades (eslavos, italianos) de la época. Ver ALEXANDER, CH. C., «Prophet of American Racism: Madison Grant and Nordic Myth», en *Phylon*, 23, 1 (1962), pp. 73-90.

<sup>70</sup> Vid. FREEMAN, E. A., «The Tyrants of Britain, Gaul, and Spain A. D. 406-411», en *The English Historical Review*, vol. 1, 1 (enero 1886), pp. 53-85.

<sup>71</sup> CURTIS, *op. cit.*, p. 70.

<sup>72</sup> Ídem, pp. 30, 70, 98 y ss.

<sup>73</sup> Ídem, pp. 109-111.



ción de una naciente disciplina, la arqueología. No es extraño relacionar los primeros balbuceos de la disciplina con esa pasión romántica por rescatar el pasado del olvido. El siglo XIX al respecto será, como lo fue para la historia, el siglo del nacimiento de la disciplina arqueológica. El valor de los restos del pasado se vio pronto condicionado por la propia ideología de exaltación del eterno pueblo francés, alemán, español, expresado a través de sus correlatos germano o celta<sup>74</sup> en lo que se ha dado en llamar posturas «primordialistas»<sup>75</sup>. La emergente arqueología no dejará de estar imbuida de ciertos conceptos propios del pensamiento romántico, de la idea de «pueblo» tal y como se entendía en el XIX, con un enfoque marcadamente «esencialista». Es decir, se considera que las etnias o pueblos tienen un «ser» propio, una forma no sólo de ver la realidad, sino de realizar las cosas, podríamos decir una cierta «personalidad» étnica (el *Volkgeist*), que por otro lado queda indefectiblemente reflejada en todas las expresiones culturales del grupo<sup>76</sup>, desde el sistema de creencias a elementos de la cultura material como los estilos decorativos. La cultura es vista pues como algo homogéneo dentro de cada grupo y entendida como una expresión del carácter distintivo que los separa de los otros<sup>77</sup>. Un elemento que incidirá en la configuración de la disciplina es el enorme peso que tendrán los textos clásicos y la filología en el proceso de constitución de la arqueología europea, por lo que algunos han hablado de un predominio del paradigma filológico. Los arqueólogos que irán definiendo la disciplina en este periodo, como Gustaf Kossina, buscaban fundamentalmente en la arqueología el correlato material de los pueblos que eran descritos por las fuentes clásicas, equiparando cultura material con grupos étnicos concretos. Otros dos importantes elementos presentes en la corriente histórico-cultural son la primacía de lo tipológico como forma de clasificación y datación<sup>78</sup>, y las ideas antropológicas al uso que plantean la limitación cognitiva de los primitivos –tanto contemporáneos como antiguos– con respecto a los

<sup>74</sup> RUIZ ZAPATERO, G., «El concepto de Celtas en la prehistoria europea y española», en ALMAGRO-GORBEA, M. - RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Los celtas. Hispania y Europa*, Madrid, Actas, 1993, pp. 63 y ss.

<sup>75</sup> MEGAW, R. - MEGAW, V., «Celtic Connections Past and Present. Celtic Ethnicity Ancient and Modern», en BLACK, R. - GILLIES, W. - Ó MAOLALAIGH, R. (eds.), *Celtic connections. Proceedings of the 10th International Congress of Celtic Studies. Vol. I. Language, Literature, History, Culture*, East Linton (Escocia), Tuckwell Press, 1999, p. 25.

<sup>76</sup> BUNZL, M., «Franz Boas and the Humboldtian tradition: From *Volksgeist* and *Nationalcharakter* to an Anthropological Concept of Culture», en STOCKING, G. W. (ed.), *Volksgeist as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press, 1996, pp. 19-22.

<sup>77</sup> TRIGGER, B., *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 157-158.

<sup>78</sup> No ha de olvidarse que el sistema de clasificación por edades (piedra, bronce, hierro) de Thorsen, aún en uso, surgió por la necesidad de buscar la clasificación tipológica a los materiales de un museo nacional escandinavo, unido a la asunción evolucionista de que una tecnología superior y los materiales asociados habrían sustituido cronológicamente a tecnologías más simples.



«civilizados», las culturas de los cuales son vistos frente a los segundos como fundamentalmente estáticas, dando, por tanto, una visión del cambio cultural como algo infrecuente, cuando no anómalo o excepcional<sup>79</sup>. La prolongación de dichas ideas, claramente marcadas por la realidad colonial de la época, a los primitivos del pasado favorecía asimismo un modelo del cambio arqueológico vinculado fundamentalmente a la irrupción de grupos de cultura superior<sup>80</sup>, y por tanto a las «invasiones» como justificación más plausible de toda innovación cultural<sup>81</sup>. En general estas teorías reflejan el imaginario de aquellos años, marcado por la ideología expansionista –imperialista– y belicista de los gobiernos del momento que desembocaría en la Gran Guerra, y a los que la evocación de un pasado heroico y guerrero servía de refrendo mítico.

Ello favorece también que determinados ítems del registro se conviertan en elementos fósiles directores que se considera diagnostican indudablemente la penetración de un grupo, presuponiendo con ello una continuidad evidente entre la cultura material, la lengua y la etnia. En el paradigma histórico-cultural se apreciaban una serie de confusiones entre los distintos planos de la etnicidad<sup>82</sup>, lo que llevaba a crear unas equivalencias implícitas entre ellos, ofreciendo un cómodo sentido de «unidad» de objeto, que daba la impresión de estar ante algo medianamente conocido<sup>83</sup>, y en último término ante entidades a las que podía seguirseles la pista hasta los actuales estados-nación. Por el contrario, el cambio de paradigma del histórico a un nuevo enfoque en arqueología entorno a finales de los 60 y principios de los 70 haría patentes las discontinuidades de las nociones que la arqueología tradicional suponía<sup>84</sup>, al entender las culturas del pasado no como «cosas» inmutables sino como «procesos» en continuo cambio, evolución y reformulación. El «novedoso» modelo procesual respondía a tres factores básicamente: 1) la transposición al campo arqueológico de una serie de conceptos antropológicos desarrollados a partir de los años 30 fundamentalmente en EE.UU.; 2) responder por un lado tanto a una serie de vías muertas positivistas (cacharro-lógicas) en las que se había sumido el programa histórico-cultural<sup>85</sup> como a unos ciertos desfases con respecto a la investigación social en auge; y 3) evitar las incómodas implicaciones ideológicas de lo histórico-cultural que se hi-

<sup>79</sup> JAMES, *op. cit.*, pp. 60-61.

<sup>80</sup> Ídem, pp. 38 y ss.

<sup>81</sup> RENFREW, C., *El alba de la civilización. La revolución del carbono 14 en la Europa prehistórica*, Madrid, Istmo, 1986, p. 20.

<sup>82</sup> MEGAW - MEGAW, art. cit., p. 74.

<sup>83</sup> FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> D., *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Madrid, Síntesis, 1998, p. 37.

<sup>84</sup> TRIGGER, *op. cit.*, p. 158; MARTÍNEZ NAVARRETE, M<sup>a</sup> I., *Una revisión crítica de la prehistoria española: La Edad del Bronce como paradigma*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 3 y ss.

<sup>85</sup> TRIGGER, *op. cit.*, pp. 157-158; MARTÍNEZ NAVARRETE, *op. cit.*, pp. 4-5.

cieron visibles tras los excesos de la II Guerra Mundial. El hecho de que la arqueología norteamericana, y no la europea, actuará como catalizador inicial se debió a una tradición muy arraigada de interrelación entre antropología y arqueología en ese continente<sup>86</sup>. El caso norteamericano era apropiado para el distanciamiento porque los arqueólogos y antropólogos de ese país, mayoritariamente anglosajones, no tenían la sensación de estar trabajando sobre un pasado propio sino sobre el de «los otros», las comunidades indias<sup>87</sup>, lo cual les permitía un mayor distanciamiento emocional, al no estar en juego el linaje ni «el honor de los abuelos»<sup>88</sup>. Era por tanto un terreno privilegiado para ensayar una perspectiva más experimental que la anterior, comparativa, y que por lo tanto tendía a ser intercultural y general y no ya centrada en la historia concreta de un grupo concreto. Es decir, en la historia de una cultura y de un pueblo. No obstante, el caso de lo celta sería pionero de dicho cambio de perspectiva por lo que a la etnicidad se refiere al replantear Hawkes, a través de su célebre «Cumulative Celtivity»<sup>89</sup>, la celtización de las Islas Británicas, que pasaba a entenderse como un largo proceso de interacción y no el resultado de una gran invasión<sup>90</sup>. Pero el ocaso del modelo de etnicidad histórico-cultural se consumaría con el postprocesualismo, de la mano de un replanteamiento general del problema de la identidad<sup>91</sup>, en el que se primaría el papel de la identificación étnica, tanto interna (identificación *emic*) como externa (atribución *etic*), y de los contextos de interacción del sujeto y del grupo (identidad relacional), lo que da idea de que la identidad, tanto en el pasado como en el presente, es algo más fluido de lo que aparente se consideró, en disyuntiva entre «afiliación» (*consent*) y «filiación» (*descent*) con respecto al grupo<sup>92</sup>. No dando como resultado una identidad fija e inmutable, sino una negociación constante a través de la

<sup>86</sup> ALCINA FRANCH, J., *Arqueología y antropología*, Madrid, Akal, 1989, pp. 73-74.

<sup>87</sup> ADAMS, W. V., *Philosophical Roots of Anthropology*, Stanford, Leland Stanford University, 1998, pp 243 y ss.

<sup>88</sup> RENFREW, *op. cit.*, p. 21.

<sup>89</sup> HAWKES, C. F. C., «Cumulative Celtivity in preroman Britain», en *IV Congrès international d'études Celtiques*, en *Études Celtiques*, 13 (1973), pp. 607-628.

<sup>90</sup> Actualmente siguen esta interesante línea dentro de la investigación insular, autores como B. CUNLIFFE (*Facing the Ocean. The Atlantic and its peoples 8000BC-AD1500*, Oxford, Oxford University Press, 2001), B. RAFTERY, o J. WADDEL que ha planteado un interesante modelo de «celtización lingüística» asociado a los contactos atlánticos durante el Bronce Final. Ver WADDEL, J. - CONROY, J., «Celts and others: maritime contact and linguistic change», en BLENCH, R. - SPRINGG, M. (eds.), *Archaeology and Language IV*, London, Routledge, 1999, pp. 125-137. De similar orientación también la reciente obra de HENDERSON, J., *The Atlantic Iron Age. Settlement and Identity in First Millennium BC*, London, Routledge, 2007.

<sup>91</sup> DÍAZ SANTANA, B., «Los celtas, identidad, etnicidad y arqueología», en *SPAL*, 12 (2003), pp. 299-316.

<sup>92</sup> SOLLORS, W., *Beyond ethnicity: Consent and Dencent in American culture*, Oxford, Oxford University Press, 1986.

acción de las identidades del sujeto y del grupo, ante sí mismo o ante los otros, en la que la cultura material ocuparía un papel de vehículo expresivo a través del que se visualiza la pertenencia o segregación con respecto a los demás<sup>93</sup>.

## 6. CELTOESCÉPTICOS O IDENTIDADES DE LO ESCÉPTICO

Al mismo tiempo que se resituaba la temática de la identidad se harán críticas al propio modelo tradicional de lo celta, destacando la visión homogénea y en bloque que suponía y que daba de la Edad del Hierro europea una visión unitaria vinculada a hipotéticas grandes migraciones, y sobre la que pesarían implicaciones de posible uso ideológico de la protohistoria, lo cual llevará dentro de la arqueología anglosajona a propuestas de eliminar el término «celta» de la investigación, lo que se ha denominado en ocasiones el *postceltismo*, generando con ello una célebre polémica<sup>94</sup>, exportada a posteriori a otras arqueologías europeas<sup>95</sup>, y en la que hay que reconocer que hay mucho de coyuntural<sup>96</sup>. Es sintomático que sea común entre los propios arqueólogos críticos con el celtismo citar como detonante de su toma de posición la simultaneidad en esos años del conflicto yugoslavo, puesto por ellos como ejemplo de la latente peligrosidad de los conceptos étnicos como base para nacionalismos extremistas, siendo una referencia también obligada en estos autores un caso de plena actualidad inglesa, el problema del Ulster<sup>97</sup>. Asimismo también es reiterada la denuncia por parte de los celtoescépticos de los intentos de apropiación política de lo celta por parte de la Unión Europea, ejemplificados en la ocasional exposición del Palazzo Grassi *I Celti. La Prima Europa*<sup>98</sup>, crítica que ha sido identificada perspicazmente por los Megaw como reflejo condicionado de la propia postura inglesa ante la U.E., cons-

<sup>93</sup> GONZÁLEZ RUIBAL, A., *La experiencia del otro. Una introducción a la etnoarqueología*, Madrid, Akal, 2003, pp. 116-140. Modelo que nos permite entender también procesos contemporáneos de remonumentalización –o patrimonialización– de lo arqueológico como los apuntados anteriormente.

<sup>94</sup> CHAPMAN, M., *The Celts. The construction of a myth*, London, MacMillan, 1992; COLLIS, J., «Celtic myths», en *Antiquity*, 71 (1997), pp. 195-201; MEGAW, R. - MEGAW, V., «Do the Ancient Celts Still Live? An essay on Identity and Contextuality», en *Studia Celtica*, 31 (1997), pp. 107-123; SIMS-WILLIAMS, P., «Celtomania and Celtoescepticism», en *CMCS*, 36 (1998), pp. 1-35; JAMES, S., «Celts, politic and motivation in archaeology», en *Antiquity*, 72 (1998), pp. 200-209; MEGAW, R. - MEGAW, V., «The mechanism of (celtic) dreams? A partial response to our critics», en *Antiquity*, 72 (1998), pp. 432-435; JAMES, *op. cit.*; MEGAW - MEGAW, «Celtic Connections...».

<sup>95</sup> RUIZ ZAPATERO, loc. cit.

<sup>96</sup> MEGAW - MEGAW, «Celtic Connections...», pp. 41-42.

<sup>97</sup> JAMES, *op. cit.*, pp. 24-25.

<sup>98</sup> Ídem, p. 19.

tituyendo, por tanto, a nivel arqueológico, en palabras de estos autores, una especie de «euroceltoescepticismo»<sup>99</sup>. Si bien, algunos de los celtoescépticos como James se han apresurado a salir al paso de esas objeciones, y han planteado la filiación postcolonial<sup>100</sup> de su críticas, denunciando asimismo el chauvinismo británico<sup>101</sup>, no es menos cierto que en la propias argumentaciones de éste y otros autores se dan una serie de paradojas de base: como defender que el término celta en las fuentes antiguas es sólo una denominación genérica para el «otro», el bárbaro occidental sin especificidad étnica o cultural real detrás, y al mismo tiempo incidir, paradójicamente, que los pueblos de la Islas Británicas –situados en ese Occidente– nunca fueron llamados expresamente «celtas» por los autores clásicos, y por tanto no puede denominárseles así; o plantear por ello el término celta como «perfectamente legítimo para el continente», pero negarlo de plano para las Islas por lo dicho antes<sup>102</sup>. Todos estos argumentos, sin embargo, en conjunto y a pesar del enfoque metodológico relativista y antiesencialista del autor, no dejan de reproducir una idea de «insularidad» susceptible de ser reinterpretada en los propios términos que inicialmente se propone criticar o evitar.

No estamos ante un fenómeno nuevo. A lo largo de la historia, los celtas y sus antagonistas han servido tanto para definir identidades como «otredades», contra las que aquellas se construirán, y puede que al respecto nosotros tampoco nos escapemos a esto. Si hay algo que revela el estudio de los *topoi* de lo celta o lo germano a lo largo de la historia moderna y contemporánea es la gran capacidad que las imágenes del pasado tienen para fundamentar un presente y recibir los más distintos ropajes argumentales para ello. La continuidad de ciertos discursos celtistas o germanistas revela la adaptación a nuevas polémicas o la permanencia de otras a lo largo de los siglos de una manera dinámica, entre la producción (sincrónica) del relato y la reproducción (diacrónica) de los distintos discursos de fondo. Estamos pues hablando, hemos hablado, de una tradición/es literarias e historiográficas que han reinventado sucesivamente, y en distintas épocas, la figura heredada del bárbaro. Nuestra disertación en cierto sentido no es más que otro discurso que se viene a unir a la pluralidad de relatos que a lo largo de la historia han recreado lo «bárbaro» desde los distintos tipos de hacer historia que se han dado en cada época y cada lugar. ¿Son algunas de nuestra teorías más distanciadas que las pasadas, o el tiempo hará, acaso maltratando su objetividad, nuestras cómodas verdades peculiares entelequias el día de mañana? No creyendo lo segundo, no me resisto a pensar que algunas de las opiniones de fondo que actualmente se expresan en medios arqueológicos e históricos, no ya sobre lo celta,

<sup>99</sup> MEGAW - MEGAW, art. cit., pp. 44-46.

<sup>100</sup> JAMES, art. cit., p. 202.

<sup>101</sup> JAMES, *op. cit.*, p. 131.

<sup>102</sup> JAMES, *op. cit.*, pp. 16-18. A esto los Megaw oponen otros términos étnicos no tan problemáticos y de uso común por la arqueología actual. Ver MEGAW - MEGAW, art. cit., p. 55.

sino sobre sus antagonistas historiográficos (castrexo frente a celta en algún caso), no dejan de tener un cierto parecido ambiental con discursos recreadores del pasado en base a nuestros presentes, o a una concreta visión de ellos. ¿Habremos sustituido las dicotomías del pasado de celtas frente a germanos por otras más acordes, correctas, políticamente con los tiempos actuales de (euro)celtoescépticas autoctonidades frente a globales, o globalizadores, celtas?

También es posible, ya desde una perspectiva internalista de la disciplina, y nuestros escépticos así lo objetarán, que el profundo esfuerzo de crítica de lo celta en arqueología haya venido también en parte motivado por la intencionalidad de crear una frontera, en cierta forma simbólica, con el modelo del celta tradicional e invasivo al que iban unidas, además de esas eventuales asociaciones incómodas, una cierta forma de hacer y pensar la arqueología. La negación de un discurso determinado habría tenido así como «baja colateral», de algún modo, el objeto de estudio, entonces aparentemente imposible de asumir dentro del nuevo paradigma explicativo. ¿Pero es que acaso es imposible pensar lo celta en términos sociales y de proceso?

Asimismo uno de los resultados de estas críticas internas dentro de la disciplina ha sido por otro lado, y creo que es obvio, agudizar y ensanchar el divorcio cada vez más evidente y profundo entre lo que los especialistas dicen y las versiones *folk* que circulan entre el gran público, que ante la alternativa demasiado emocionalmente aséptica de la arqueología o la historia actuales, y de cierta actitud de desgana hacia la divulgación de la que somos culpables, se siguen retroalimentándose vagamente en las alternativas que les ofrece el canon, tanto culto como popular, de lo celta que fue establecido en el añejo siglo XIX, dando lugar a versiones estereotipadas y tópicas de lo celta ante las que los expertos reaccionarán comúnmente de una manera enfáticamente pedagógica, en ocasiones tan catequética al respecto como inútil. Es evidente que el historiador ha perdido en parte su dimensión pública dentro del debate popular sobre lo celta<sup>103</sup>, su función de creador del discurso, o, como diría Alonso del Real, a fin de cuentas el papel de «sabios de la tribu» que nos dieran los decimonónicos tiempos de ayer, y que tal vez fuera bueno volver a reclamar para el futuro.

<sup>103</sup> Donde significativamente nos han sustituido los novelistas, al respecto el reciente TORO, S. de, *El pueblo de la niebla: Un viaje en el tiempo por la cultura celta*, Madrid, Aguilar, 2000.